

LA NOVELA FILM

N.º 78

30 cts.



EL CAMPEON DEL MUNDO

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 78

El Campeón □ del mundo □

COMEDIA DE EXCELENTE ASUNTO,
INTERPRETADA por los POPULARES
ARTISTAS

LOIS WILSON

WALLACE REID y

LIONEL BELMORE

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

EL CAMPEÓN DEL MUNDO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Leopoldo Burroughs, de Lancashire, fué durante mucho tiempo un tendero afortunado, pero ahora se empeñaba en que todo el mundo se olvidase de éllo, y todo su afán consistía en relacionarse con la más rancia aristocracia inglesa.

La señora de Burroughs, prototipo de la sencillez aristócrata y de la esposa y madre amantísima, decía siempre "amén" a todo cuanto a su marido se le ocurría.

Era tan importante para el ex hortera el dar a su casa la apariencia de señorial retiro, que se había gastado en poco tiempo una barbaridad de dólares en compras de objetos más o menos interesantes con *cachet* de nobleza. En cuadros de desconocidos caballeros había invertido sumas fantásticas, y la cariñosa esposa no se atrevía a protestar de tales extravagancias de su compañero.

El último retrato adquirido por el señor Burroughs, representaba un apuesto caballero de capa y espada, que debió pertenecer, probablemente, a la familia de Enrique IV.

—¿Qué te parece tu ilustre antepasado, María?... Es el de mejor aspecto que he podido encontrar para emparentarlo con nosotros, es decir, para emparentarnos con él—dijo el plebeyo a la sorprendida mujer.

—Me parece muy acertada tu elección, Leopoldo. Pero lo del parentesco...

—No te preocupes, hijita. ¿Quién va a comprobar nuestro origen?

—Es verdad.

En el libro de la vida de cada mortal hay una página en la que queda narrado el episodio más trascendental de su paso por el mundo, y la que correspondía a Guillermo, el hijo menor de los Burroughs, estaba destinada a llenarse aquel día.

Guillermo tenía que ser cura. Ninguna carrera le parecía mejor al padre; pero como él no quería seguirla, por la sencilla razón de que no tenía vocación religiosa, las relaciones entre ambos eran bastante tirantes.

Guillermo prefería el ejercicio al aire libre a los ejercicios espirituales, y todas las mañanas, en lugar de encerrarse en su cuarto y devorar los principios teológicos, se iba a pescar con caña al cercano río, poblado de traviesas truchas.

Aquel día, habiéndose alejado más de la cuenta de su sitio habitual, la casualidad le iba a deparar una aventura.

A pocos pasos de sí, una señorita gozaba también ofreciendo buen cebo a los peces.

De pronto la aludida sintió que algo gordo había picado, y con suma atención fué enro-

llando el hilo en el carrete, hasta que salió a flote la extraordinaria pesca.

—¿Qué es esto? ¿De quién es esta caña? —dijo la señorita al ver que lo que creía un pez no era más que un artefacto de pesca.

Guillermo, que se había distraído atiborrando su pipa, se dió cuenta de la desaparición de su caña, y siguiendo la dirección que ésta tomaba encontróse frente a la desconocida.

Esta era lady Isabel Carstais, prima y pupila de lord Brockington, huérfana desde muy niña y sin medios de fortuna de ninguna clase a pesar de su noble alcurnia. Vivía recogida por su primo y tutor, uno de los más ilustres apellidos entre los muy ilustres de la buena sociedad de Lancashire.

Ambos jóvenes se sorprendieron gratamente al verse por vez primera.

Ella pareció preguntar: “¿Quién es este joven?”

Y él murmuró: “¡Qué linda la niña!”

Guillermo acercóse a Isabel, saludóla sonriente, y con su humor característico le dijo:

—No se moleste en pescar mi caña... Se la daré a usted si la quiere.

—No, no... tome usted... ¡Yo que creía haber pescado un pez por el estilo de un tiburón!

—Siento haberla decepcionado. Vaya ocurrencia la de mi caña yendo hacia usted. Si fuese del sexo masculino... ¿Está usted sola?

—No, señor. Vine con mi primo, lord Brockington, que está allí, como puede usted ver. Está usted pescando en sus terrenos.

—Tiene usted razón. Inconscientemente me

salí de mis límites. Pero me marchó. ¿Quiere usted venir conmigo más allá?... Su primo, por lo que veo, necesita todo el río para él solo.

—Le gusta la comodidad... y como puede permitírsela...

—¿Viene usted, pues?

—Si no es muy lejos...

Pronto se apercibió lord Brockington, décimotercer conde de Brockington, al que la gente de la comarca le conocía con el poco cortés apodo de “Becerrillo”, de la desaparición de Isabel.

—¿Dónde se ha metido mi prima, Bautista? —preguntó ceñudo a su criado que le hacía sombra sosteniéndole sobre la cabeza una sombrilla de buen diámetro.

—Hasta ahora la vi allí. Se habrá alejado un poco más. Pero, señor, también vi a un joven... y, tal vez...

—¿Un joven?

Levantóse como movido por un resorte el Conde, y a grandes pasos se dirigió hacia el lugar por donde Isabel habíase borrado de su vista.

Guillermo conseguía en aquellos momentos sacar una fotografía de Isabel, de frente y sonriendo, y apenas la agradable imagen quedó grabada en la placa, el noble llegó a su presencia, disgustándole sobremanera encontrar a su prima con un joven... tan joven como el hijo del tendero.

Isabel, procurando que su primo y Guillermo se convirtieran en amigos, los presentó.

El Conde no correspondió al saludo de Gui-

llermo, y después de mandar a Isabel con el criado—que iba cargado hasta la coronilla—a casa, le dedicó unos minutos.

—Y ahora, señor entrometido, yo le enseñaré a usted a no volver a pescar en donde no tenga derecho...

—Pero, señor Conde...

El puño del aristócrata se descargó en el pecho de Guillermo, que cayó al suelo, hiriéndose con una piedra en la frente, junto a la sien izquierda.

Isabel sospechó lo que ocurría y con angustia asistió a la lamentable escena, condenando para sus adentros el inicuo proceder de su primo.

Guillermo levantóse penosamente, y dijo con reproche al salvaje:

—Esta vez ha ganado usted, pero algún día no le será a usted tan fácil pegarme.

Y de nuevo cayó Guillermo al suelo, sin poder hacer frente al bruto.

Isabel, compadecida del joven, reunióse con él mientras su primo se encaminaba a su casa creyéndola ya en ella, y juntos atravesaron el bosque, sin temer otro encuentro con aquél.

Al despedirse, el recuerdo del uno quedaría imperecedero en la mente del otro.

Los Burroughs tenían un criado acostumbrado a servir en casas grandes, que había aceptado la humillación de descender de categoría gracias al doble salario que le daban.

Inopinadamente llegaron a la casa dos orgullosos personajes. El doméstico, Antonio,

hízoles sendas reverencias y anunciólos al señor.

—¡Oh, queridos!—exclamó el señor Burroughs.

—¡Hola, papá!—saludaron los dos aparecidos.

La madre sonreía y esperaba un fuerte abrazo de sus dos hijos que regresaban de la universidad de Oxford, en la que habían pasado el curso, estudiando Derecho, el mayor, y preparando la carrera eclesiástica, el segundo.

—¿Qué os parece el retrato de vuestro antepasado?—inquirió el padre reteniéndoles a su lado.

La señora Burroughs estaba apenada. ¡Qué desconsideración la de sus dos primeros! Era, acaso, también la moda lo que les impedía ser cariñosos con ella?

Pero pronto olvidó su resentimiento la ejemplar mujer, pues aquéllos, robándole unos minutos al empaquetado padre, la besaron. No habían puesto mucho fuego en la demostración de afecto, pero a pesar de ello, para la madre tenía un valor inestimable.

De súbito, sorprendiendo a Antonio, que no tuvo tiempo de hacer la oportuna reverencia, el conde de Brockington presentóse ante el señor Burroughs dando muestras de alteración.

—¡Oh, señor Conde, es para mí un honor verle en mi casa!—exclamó el ex hortera exagerando sus gestos de hombre satisfecho.

—¡Qué honor ni qué niño muerto!... No he venido a visitarle sino a advertirle que su hijo es un entrometido...

—¡Oh, señor Conde! Estoy dispuesto a darle toda clase de satisfacciones... ¡Qué tonterías ha cometido mi hijo?

—¡Le he sorprendido en mis terrenos, probablemente con la perversa intención de enamorar a mi prima!... ¡Si vuelvo a sorprenderlo, haré que lo encierren en la cárcel por una temporada!

—¡Oh!

—No he venido a decirles nada más.

Y con la misma precipitación con que llegó, marchóse el “Becerrillo” de la comarca, dejando asombrados a los Burroughs varones, y muy afligida a la madre.

Guillermo llegaba frente a su casa cuando el Conde salía de ella, y le cortó el paso, diciéndole francamente:

—¡De modo que, no contento con pegarme, todavía viene a contárselo a mi familia? ¡Eso no es digno de un *sportman* y menos de un lord!...

—¡Le escuece la llaga? Pues rásquese. Sus padres le dirán lo que me própongo hacer con usted si le vuelvo a encontrar en mis terrenos.

—Sí, ya le conozco a usted. Pero ahora que estoy en los míos, y con el mismo derecho que usted en los suyos, le mando que se largue inmediatamente... y también le aconsejo que no vuelva por aquí.

—¡Estúpido!

—¡Abur!

El señor Burroughs había contemplado desde la puerta entreabierta de su casa, a Guillermo

mo con el Conde, y, calmándose, dijo a los suyos:

—Menos mal... No hay que preocuparse... Guillermo sabe cuál es su deber... ¡Por algo es hijo mío!... Acabo de verle dando al Conde todo género de explicaciones.

Sin embargo, al entrar Guillermo en la casa, su padre y sus hermanos le recibieron con la cara seria.

El criado, que le tenía cariño al pequeño de los Burroughs porque era el más simpático, le sopló algo al oído, para que se preparase a recibir el chaparrón que se disponía a echarle encima el enojado padre.

—Buenos días. ¡Ah! ¡Mis hermanos están aquí? ¡Qué tal, chicos?

No obtuvo contestación.

Y dijo el padre, a lo juez:

—Tus hermanos no te contestan, ni nadie te contesta, porque todos estamos disgustadísimos contigo. Estoy enterado de todo... y te salva el haberle dado al Conde una explicación por lo ocurrido.

—¡Explicaciones?... Lo que he hecho es echarlo de casa de mala manera.

—¡Eh? ¡Exijo una explicación!

—He dicho la verdad. Ese tipo es un ineducado que no puede convenirnos.

—¡Señora! ¡Qué os parece vuestro hijo?— prosiguió el señor Burroughs dirigiéndose a su esposa, que no era partidaria de arreglar las cosas a gritos—. ¡Se ha atrevido a echar de nuestra casa a un par de Inglaterra!

—¡Valiente par!

—¡Silencio! Le pides perdón a lord Brockington, o te marchas de esta casa inmediatamente.

—Lo primero, nuncá, padre; lo segundo, si tú me lo mandas.

—¡Váyase usted de mi casa ahora mismo!
¡No quiero volver a verle en mi presencia! ¡Es



—¡Eh! ¡Exijo una explicación!

usted el punto negro de la familia! ¡Váyase, he dicho!

—Con mucho gusto.

—¡Insolente, más que insolente!

—Calma, Leopoldo, calma—intervino la madre, suplicante.

—¡Señora, no tratéis de defender a vuestro hijo! ¡No os lo permito!

No hubo manera de ablandar al enfermo de grandezas.

Únicamente la pobre madre trató de impedir que Guillermo fuera arrojado de la casa paterna.

Los demás estaban de acuerdo en que Guillermo merecía aquella dura lección, para que se enmendase.

Llegó la noche. Sin esperar a ver si la razón aconsejaba a su padre que renunciase a su enérgica decisión, Guillermo, que se sentía encallado en el ambiente que no correspondía a su familia, partió sin rumbo fijo, despidiéndose del adorado ser que siempre veló por él: su cariñosa madre.

—Duerme, mamita, duerme. No temas por mí. Soy joven. La vida es buena para aquellos que quieren vivir. Y yo quiero vencer, para que tú estés orgullosa de tu hijo.

Ya en la calle, Guillermo pensó en otra personita, y, como el poeta, rezó:

—¿De qué sirve lanzarse a conquistar el mundo, si no se tiene una dama a quien ofrecer los sacrificios y los éxitos?

Y como su dama era Isabel—le bastó verla para adorarla—, rondó por el jardín de su espléndida morada, y la casualidad le ayudó a lograr su intento.

En efecto; debido a un torpe gesto, derribó una maceta, y al percibir el rumor del inciden-

te, Isabel se asomó a la ventana de su habitación, en salto de cama.

Los labios de la doncella se abrieron para sonreírse. Desde el jardín, Guillermo le indicó que se marchaba, y pidióle licencia para trepar hasta el borde de la ventana, para estrecharle la mano y darle algo.

—Suba—respondió Isabel muy quedo.

Agilmente, Guillermo la alcanzó, y rechazando la natural timidez, mostróle el retrato que le hizo por la mañana, diciéndole:

—Me marcho; pero antes de ponerme en camino, he creído que desearía usted conservar este recuerdo mío... del que he sacado una copia para mí... si usted no se opone.

—Gracias... y le deseo a usted buena suerte.

—La tendré; pero prométame que no se casará hasta que yo regrese con una fortuna.

—¿Se marcha usted a explotar minas de oro?

—¡Ay, Isabel! Voy a defender el corazón que dejo aquí.

El perro del jardinero había roto su cadena y esperaba a Guillermo con las fauces prestas a acariciar la cruz de los pantalones.

Afortunadamente, Guillermo sabía tratar a los animales, y arrojando un pañuelo a varios metros de distancia, pudo sortear el peligro del can, alejándose del jardín de Isabel después de mandarle un beso apasionadamente depositado en el cuenecito de una mano.

Al cabo de una semana, nuestro "héroe" descubrió que de la opulencia a la miseria no hay más que un paso, y, dispuesto a todo, colóse

en un trasatlántico burlando a un trabajador del muelle que cargaba cajas de azúcar.

El oficial de a bordo, que era un lince, le vió pasar de "matute", y ordenó que se registrase el buque para arrojar al puerto al intruso.

Viéndose perseguido, Guillermo metióse en el primer camarote que le vino a tiro, asustando a su ocupante: un entrenador profesional de boxeo, Terencio Mooney de nombre, que cruzaba el Atlántico con rumbo a tierra de donde salen los pugilistas.

—¿Qué libertades son esas, joven? ¡Salga de aquí, o le echo!

—Cálmese usted y présteme su apoyo... Tengo necesidad de llegar a Nueva York, y nouento con medios.

—¡Pronto; escóndase! Alguien se acerca.

Cierto. Al tiempo que Guillermo se ocultaba detrás de la puerta, un empleado la abría violentamente, y echaba una ojeada general desde el umbral de la misma al camarote.

—¿Qué busca usted aquí?

—Nada, nada...

—¿Nada?

—Nada.

—Otra vez, tenga usted la bondad de llamar a la puerta antes de entrar en el camarote de un caballero.

Retiróse el chasqueado empleado, y Guillermo agradeció a su providencial protector el poder hacer el viaje que le convenía.

Durante tres días consecutivos, el pasajero sin billete se dedicó a probar sus facultades

para el boxeo, para distraerse con su protector.

Mooney había creído descubrir algo en Guillermo y se iba convenciendo de que no se equivocaba.

En realidad, Guillermo pegaba duro y sabía esquivar. Prueba de ello, la sorpresa de Mooney al ser obsequiado con algunos golpes de "marca".

—¡Magnífico, muchacho!... ¡Tienes una izquierda que vale un tesoro!

—Sí, ¿verdad?

—¡Caramba!... ¡Y una derecha que vale dos tesoros!

—Sí, ¿eh?

—Basta por hoy.

—Sigamos luchando. El boxeo me resulta muy aperitivo.

—¡Más, más!—decían dos pasajeros, amigos de los que boxeaban, y a quienes ese deporte entusiasmaba.

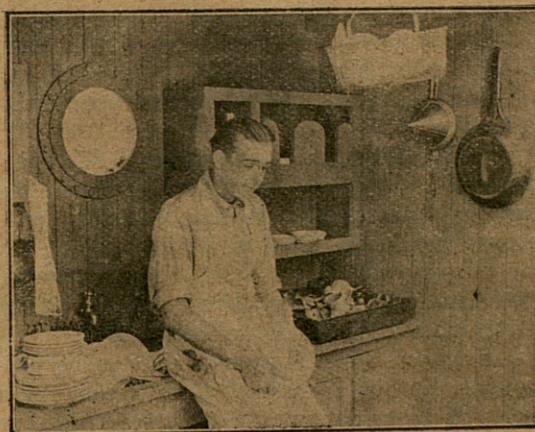
Pero ocurrió que Guillermo fué, al fin, descubierto, y obligado, a cambio de conducirlo a Nueva York gratuitamente, a trabajar de pinche, no quedándole más remedio que resignarse.

Cinco años más tarde, en Inglaterra seguían las cosas tal como las dejara Guillermo cuando se marchó.

Y después de cinco años de recibir deseires, el señor Burroughs seguía encontrándose en el primer peldaño de la escalera que se había propuesto subir.

Invitado a una jauría por pura casualidad, el ex hortera repartió tarjetas a los nobles, sin que ninguno de ellos le hiciera el menor caso.

Algo rezagados de los demás, Isabel y su primo, bajo la bóveda de un imponente árbol, hablaban de algo muy serio, a juzgar por la actitud del Conde.



...y obligado a trabajar de pinche...

—Isabel, yo no quiero que volvamos hoy a casa sin que me prometas que te casarás conmigo.

—Entonces, primo, tendremos que estarnos aquí mucho tiempo, muchísimo tiempo.

—Pero, ¡primita mía!, supongo que no conservarás tu soltería toda la vida. ¿Qué harás sin dinero?

—Ya lo tengo pensado desde hace algún tiempo. Estoy decidida a crearme una posición por mí misma. La señora de Burroughs busca una secretaria... Es una ocasión magnífica... Creo que la retribución que ofrece es espléndida...

—¿Te atreverás a hacer eso, Isabel? ¡Tú, secretaria de esos plebeyos!

—Como yo soy pobre, primo...

—Si tal haces, no te reconoceré más como de la familia. Ya lo sabes.

—¡Adiós! ¡Pues no se marcha poco enfadado, el tonto!

El señor Burroughs, en su manía de repartir tarjetas de visita, para propalar su nombre, dió también una de ellas a Isabel, pero reconociéndola, la devolvió a su bolsillo.

—Dispénseme, lady Isabel... Usted ya me conoce. Gracias a su amabilidad recibo algunas invitaciones a fiestas de nobles.

—Eso no tiene importancia, señor Burroughs. Lo que sí la tiene es lo que le voy a decir. Se trata del puesto de secretaria de su señora esposa. ¿Está todavía vacante?

—Sí, lady. ¿Nos va usted a recomendar una persona de su confianza?

—Yo misma, señor Burroughs.

—¿Usted? ¡Encantado, lady, encantado!

Isabel ocupó la plaza en seguida, muy a gusto de todos, y la batalla del Marne fué cosa de coser y cantar comparada con la lucha que se vió obligada a sostener para "hacer subir" a la familia Burroughs.

* * *

El entrenador Terencia Mooney, de regreso de los Estados Unidos, había visto al fin realizada la ambición de su vida: abrir un "establecimiento" en la aldea de Knotley, a corta distancia de la casa de los Burroughs. Y en un letrero metálico en mitad del camino, se leía esta indicación:

POSADA DE LA BUENA SUERTE

Propietario: Terencio Mooney

En casa de los plebeyos con ribetes de aristócratas, Isabel mandaba algunas cartas con la señora de Burroughs, y experimentó una gran alegría al enseñarle ésta un retrato de Guillermo, del que no había hablado nunca, fingiendo no recordarle.

—Es el retrato de mi hijo menor... Hace cinco años que se marchó de casa y no hemos vuelto a saber una sola palabra de él desde entonces.

—No lllore, señora... Ya volverá...

—Le espero... Hace cinco años que le estoy esperando... pero no llega nunca.

También Isabel le esperaba...

El sueño dorado de Burroughs era casar a su hijo Jorge, el mayor, con lady Isabel, en la seguridad de que con las relaciones de ella y su dinero, le sería fácil al abogado conseguir un puesto en el Parlamento.

Jorge aceptaría con sumo gusto a Isabel por esposa; pero la noble no parecía darse por aludida, a pesar de las atenciones de que era objeto de todos.

Guillermo aun era de este mundo. Lo decimos porque durante los cinco años de ausencia de Inglaterra nadie sabía de él.

El tiempo le había metamorfoseado en el sentido pecuniario y en el físico también. El joven débil de antaño se había convertido en un apuesto mozo con buenos músculos y crecida cuenta corriente en el Banco.

Había triunfado en toda la línea. Y volvió a su tierra. Alquiló una habitación, por si en su casa no lo querían admitir, en la posada de Mooney.

La esposa de Mooney, que no conocía a Guillermo, limpiaba unos cubiertos de plata, y como viera que él se fijó atentamente en ellos, por parecerle demasiado finos para el establecimiento, sin disimulo les puso las manos encima, como para resguardarlos de un posible hurto.

Guillermo sonrió, subió a su habitación, y cuando se hubo quitado el polvo del viaje, salió a la calle, despertando al cochero del hotel, que dormía a pierna suelta en el pescante del carruaje, para que lo condujera a su casa.

La esposa de Mooney notó que Guillermo llevaba un paquete en una mano, y al comprobar que los cubiertos habían desaparecido del estuche en que los guardaba, puso el grito en el cielo.

—¿Qué pasa? —inquirió Mooney apareciendo sin haber visto aún a Guillermo.

—¡Pronto! ¡Los cubiertos de plata! ¡Ay, que me ahogo! ¡Terencio, ese desconocido se ha llevado los cubiertos de plata!

Mooney, precipitadamente, se apoderó de un pistolón y echó a correr detrás del carruaje en que iba Guillermo.

El "hijo pródigo" llegó a su hogar cuando Isabel, en el jardín, conversaba con su primo, que entraba en la casa y salía de ella sin detenerse a cumplimentar a sus dueños. El objeto de su visita era siempre Isabel, cerca de la cual, aquel día, insistía nueva y vanamente para que se casara con él.

Como la pretendida se empeñaba en negarse, y se mostraba decidida a seguir viviendo con los Burroughs, el Conde, usando de los derechos que le concedía el estar Isabel bajo su tutela, le dijo, al marcharse:

—Esta noche tengo que ir a la ciudad... Cuando vuelva, dentro de una semana, te sacaré de esta casa. No eres aún mayor de edad y tendrás que hacer lo que yo te mande.

—Hasta la vuelta, primo.

—Eso es; hasta entonces.

Guillermo ya estaba en el salón. No había visto aún a nadie, a excepción del criado, que se alegró infinitamente de volverle a ver.

—¡Caramba, señorito, qué guapo ha vuelto usted!

David, que ya era cura, reconoció con asombro indefinible a su hermano, y, a decir verdad, llenóse de satisfacción. Su carrera le había cambiado los estúpidos sentimientos de antes. Ahora, su hermano era su hermano; un ser querido al que se debe siempre protección.

—Bien sabe Dios, Guillermo, que estoy muy contento de verte, pero, ¿no comprendes que

esto va a ser un golpe terrible para papá?—le dijo.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Voy a avisar a mamá. ¡Qué dicha para la pobre!

Después, fué Isabel la que vió a Guillermo.

—¡Oh, lady!

—¿Cómo? ¡Usted?

—El mismo de antes...; el que le hizo este retrato que nunca se ha separado de mí.

—¡Ha hecho usted ya la fortuna de que me habló antes de marchar?

—No tengo más fortuna que la inmensa de haberla encontrado a usted en esta casa.

—Soy la secretaria de su señora madre.

—¡Secretaria de mi madre! ¡Cielos, mi padre!

En efecto; el señor Burroughs y su esposa y Jorge, aparecían por el fondo del salón.

La madre no podía contener sus lágrimas, y Guillermo, prescindiendo de consideraciones, la estrechó entre sus brazos, besándola con verdadero cariño.

Isabel, previendo la escena que iba a desarrollarse, se retiró, obsequiándola el señor Burroughs con exageradísimas reverencias.

Al quedar solos los familiares, la voz del señor Burroughs retumbó.

—¡Y ahora exijo de *usted* una satisfacción! ¡Por qué ha regresado *usted*? ¡Qué barrabásadas ha hecho *usted* durante todo este tiempo?

Sin inmutarse, Guillermo respondió:

—¡Oh, hay detalles terribles!... Recuerdo que he sido barrendero público. Iba vestido

como un turista de lujo. Después estuve trabajando de peón en una fábrica de ladrillos. Más tarde fuí *chauffeur*. Luego prosperé, y conseguí colocarme de dependiente en una casa de modas femeninas. Unos meses despues...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Ya he oido lo suficiente! ¡Cuánto necesita *usted* para volver a su guarida?

—Nada. Tengo cuenta corriente en el “London Bank”. Para muestra basta este carnet y las cifras apuntadas en el reverso de la matrícula de mi último talón.

El señor Burroughs quedó estupefacto, y Guillermo, complaciendo a su madre, que lo estaba deseando, reunióse de nuevo con ella y le regaló el contenido del paquete que se llevó del hotel de Mooney, o sea, unos pares de medias.

Mooney llegó en aquel momento, y, no haciendo caso de la petición de satisfacciones que le hacía el señor Burroughs, encañonó su pistolón en los riñones de su amigo.

Instintivamente, Guillermo levantó las manos y volvióse, sorprendiéndose entonces los dos antiguos conocidos al verse.

—¡Demonio! ¡Eres tú, Mooney!

—Pero si es Guillermo Catapulta!—exclamó Mooney estréchando efusivamente la mano de su alumno.

—¡Guillermo Catapulta!!—repitió el señor Burroughs.

—Sí, señores, Guillermo Catapulta. Si le trato con esta llaneza, es porque puedo. ¡Acaso no fuí yo quien le dió la primera lección de

boxeo? ¡Y ahora, véalo usted, campeón del mundo!

—¡Conque un vulgar pugilista!—censuró el padre al hijo.

—¡No, señor, un vulgar pugilista, no!... ¡El campeón del mundo de pesos medios!—respondió Guillermo.



—encañonó su pistolón en los riñones de su amigo.

—¡Horror! ¡No nos faltaba más que esto!
¿Has oído, María?

La buena mujer también estaba apenada.
¡Su hijo boxeador! ¡Y si se lo mataban!

En vista del disgusto que la noticia había causado a sus padres, sobre todo a su padre, Guillermo se apresuró a decirle a Mooney:

—Terencio, es preciso cerrar la boca... Si la gente se entera de esto, en mi familia son capaces de morirse del disgusto.

—Seré una tumba.

Antonio, el criado, anunció, apenas Terencio se hubo marchado:

—Los señores están servidos.



—¡Pero si es Guillermo Catapulta!

Jorge se apresuró a ofrecer su brazo a Isabel, que reapareció, vestida sencilla y divinamente, pero como Guillermo hizo lo propio, ella aceptó el brazo de Guillermo.

En tanto, en la posada, la esposa de Mooney se recobraba del susto que le produjo la desaparición de los cubiertos de plata, pues los acababa de encontrar envueltos en un delan-

tal. ¡Qué memoria la suya! ¡Precisamente los había escondido para que no se los robaran!

* * *

Al día siguiente, la Prensa publicaba esta noticia:

GUILLERMO CATAPULTA ENTRE NOSOTROS

PRIMER INGLÉS QUE OBTIENE EL TÍTULO DE CAMPEÓN DEL MUNDO DESPUÉS DE MUCHOS AÑOS

En su rápida ascensión a las cumbres del campeonato, "Catapulta" ha derrotado a cuantos campeón americano se le ha puesto delante, entre ellos el "Gorila", el "Araña" de Pittsburgh, el "Gato Montés" de Arizona, el "Tigre" de Montana, etc.

El señor Burroughs estaba desesperado.

Isabel, que se había entrevistado con Guillermo en el jardín, se mostraba enojada por el hecho de ser él un boxeador y haber luchado con gentes de nombres tan poco tranquilizadores.

Era la primera nube que empañaba el cielo azul de la esperanza de Guillermo.

El señor Burroughs cogió luego por su cuenta a su hijo, y le increpó:

—Has deshonrado a la familia... Tú ya no eres hijo mío, puesto que has dejado de ser un caballero inglés.

—Muchas gracias... por lo de caballero inglés. Pero ahora soy un ciudadano americano.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Señora, vuestro hijo ha deshonrado el nombre de la familia! —dijo a su

esposa, que no deseaba otra cosa que calma, mucha calma... ¡Precisamente ahora que la nobleza comenzaba a perdonarme el haber sido tendero!

El criado anunció a cuatro visitantes de categoría: el alcalde de la vecina población de Hampton; el duque de Wessex; el conde de Choughleigh y el marqués de Hampshire.

El señor Burroughs pensaba que esos señores le visitaban únicamente para censurar la conducta de su hijo, cuya profesión se había hecho pública, pero quedó atónito al oír de labios del alcalde de Hampton estas palabras:

—¡Es escandaloso! ¡El campeón del mundo de pesos medios nació su cuna en Inglaterra, y usted se lo guardaba en secreto!... ¡Esta es una falta imperdonable de patriotismo!

Mooney, que estaba allí y que acababa de recibir un sermón del señor Burroughs por haber descubierto la llegada de su hijo, de lo cual se disculpó asegurando que sólo había comunicado la noticia a su esposa, se presentó a las ilustres personas como entrenador del campeón, y, a instancias de ellas, contó cómo ganó Guillermo el campeonato.

Y había que ver a todos, durante el emocionante relato, incluso a la madre y a la novia del "héroe"!

Repentinamente, el señor Burroughs se arrepintió de haber tratado duramente a su pequeño, y le consideraba la gloria de la familia, vitoreándole como los demás al aparecer.

Los notables de la población se lo disputaban para llevárselo una temporada a sus res-

pectivas casas, pero el señor Burroughs reclamó sus derechos de padre, y se quedó con el hijo, y dijo a los visitantes:

—Si sus señorías se dignan honrar nuestra mesa... el próximo martes...

—Conforme—dijeron los cuatro notables.

Y llegó el martes.



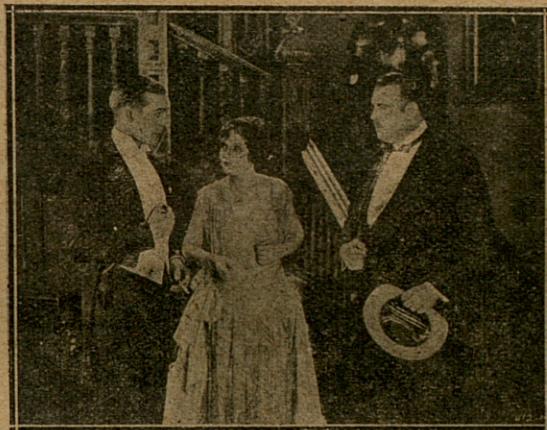
...vitoreándole como los demás al aparecer.

Guillermo preguntó a Isabel, después de la comida, que resultó brillantísima, pues toda la nobleza se había reunido en la casa, si quería casarse con él, y presentóse en tan importante momento el primo, el bruto de Brockington, que pretendía llevársela a su pupila con interesado fin.

Ella se negó a seguirle, y en virtud de esta

actitud de Isabel, Guillermo invitó al Conde a marcharse de su casa.

Entonces el aristócrata, reconociendo al joven que cinco años atrás zurró, se fué de la lengua, y el boxeador recogió el reto que le lanzó, saliendo al jardín a saldar cuentas viejas.



...el boxeador recogió el reto que le lanzó...

Isabel, a pesar de todo, celebraba aquel encuentro entre su primo y Guillermo, pensando que bien merecida tenía una buena lección el salvaje que en otro tiempo no consideró que su fuerza era muy superior a la del muchacho que maltrató.

Un poco después, Guillermo se reunía en el salón con los invitados, guiñándole el ojo a

Isabel, y ante la mayor sorpresa de todos, unos criados, aleccionados por Antonio, que había presenciado el combate oculto entre unos arbustos, y se había puesto de acuerdo con el campeón, se presentaron en el salón llevando en una camilla improvisada con un postigo de ventana, el magullado cuerpo de Brockington,



...unos criados se presentaron en el salón llevando en una camilla el cuerpo de Brockington.

cuyas manos, puestas sobre el vientre, apresaban una flor.

Guillermo se reía para sus adentros, y explicó a los circunstantes lo que había ocurrido... y lo que ocurrió cinco años atrás.

El vencido despertó, y, corrido, puso pies

en polvorosa, acompañándole la burla general.

El retrato del "ilustre antepasado" fué sustituido por el de Guillermo en posición de boxear, y en adelante él sería la gloria de los Burroughs.

La madre de Guillermo miraba a su hijo y a Isabel, sospechando que se querían, y celebrán-



—Sí... Yo también iré a los Estados Unidos... cuando me case...

dolo mucho.

Guillermo necesitaba estar solo con la mujer amada, y con un pretexto pueril alejó a su madre, que ya no dudó que pronto habría boda en la casa.

Y Guillermo habló así a Isabel:

—Usted no ignora, Isabel, que después de

ganar el campeonato, me retiré del boxeo y terminé la carrera de abogado... y que he venido a Inglaterra para ganar... un pleito; pero me parece que no sirvo para ganar ese pleito y me vuelvo a América.

—No hace usted mal. ¿Quiere usted darme su dirección en Nueva York?

—¿Va usted a ir?

—Sí... Yo también iré a los Estados Unidos... cuando me case, a hacer el viaje de boda... Si me presta usted un lápiz le apuntaré mi dirección.

Guillermo, de mala gana, prestó a Isabel su lápiz de oro, y ella, en la tarjeta que él le diera y que decía:

*GUILLERMO BURROUGHS
Abogado
167 Chapel Street
New Haven, Connecticut*

escribió algo, quedando transformada aquella tarjeta como sigue:

*Sra. de GUILLERMO BURROUGHS
Abogado
167 Chapel Street
New Haven, Connecticut*

Y Guillermo, dejándose llevar de su alegría, se apoderó de Isabel y le dió un beso que duró siete horas.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La sentimental novela

FLOR QUE RENACE

PRODUCCIÓN

D. W. GRIFFITH

Interpretación de MAC MARSH, IVOR NOVELLO, CAROL DEMPSTER

Exclusiva de

UNITED ARTISTS

32 Páginas

10 Fotografías

PRECIO: 30 CTS.

Postal regalo: **RICHARD DIX**

LA NOVELA FILM se pone a la venta en toda España todos los martes.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Pida usted LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRÁFICA
BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE
Números publicados. — 1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; 5, Gloria Swanson; 6, Tom Mix; 7, Viola Dana; 8, Milton Sills; 9, Raquel Meller; 10, Harry Carey (Cayena); 11, Dorothy Dalton; 12, Douglas Mac Lean; 13, Norma Talmadge; 14, Rod La Rocque; 15, Pola Negri; Próximo número, jueves, Lewis Stone.

SE HA PUESTO A LA VENTA HOY
EL NUMERO 4 DE LA REVISTA

AYER Y HOY

CON EL SIGUIENTE SUMARIO:

Un príncipe indio en Barcelona, (interviú), por Julio Serna.—**El vecino misterioso**, (novela corta), por Víctor Mac Clure.—**La casa abandonada** (diálogo teatral), por Rachilde.—**Por los caminos del mundo**: ¿Mata realmente la silla eléctrica? Cómo se han descubierto algunas minas de oro. Los vampiros trasmisores de la rabia.—**Historieta cómica**: Las corbatas y el carácter.—**Cartas de amor**: Elvira y Luisa (continuación), por H. de Balzac.—**Concurso de Cartas de amor**: Diez libras esterlinas de premio a la carta mejor escrita.—**El último disfraz**, (cuento), por José Baeza.—**Sección Gráfica**: Mujeres de España. Notas gráficas de España. Actualidades del Extranjero. Los «Encantes». Actrices bonitas. Gráficas deportivas. Estrellas de la pantalla.—**De la vida frívola**.—**Pequeñas Grandes Cosas**, por José D. Benavides.—**Chistes y caricaturas**.—**El huracán**, (novela cinematográfica), por Antonio J. de la Hoz.—**Visitando cines**: El Kursal, por Luis de Monserrat.—**Modas**, por Amaranta.—**Deportes**: Un rato de charla con el campeón de natación José Pinillos, por Zaragoitía.—**Colaboración intelectual**: Los Celos, por Mildred Cram.—**Corazones de hielo**, (novela de aventuras, continuación), por James Oliver Curwood.—**Página infantil**.

Compre usted **AYER y HOY**

Se publica todos los MARTES

¡76 Páginas!

¡40 Céntimos!

